

CAPITULO XVI.

Una prueba de esgrima.

No habrá extrañado el lector que Leopoldo recibiese con un abrazo al triste pordiosero, cuando esperaba ver deshecha por él la niebla de la calumnia que por tanto tiempo habia empañado la honra de su desgraciado padre, y destruido el único inconveniente que habia opuesto hasta entonces el protector de Clotilde á su anhelado enlace.

Cuando en medio de la horrorosa tormenta el bajel se estrella, el náufrago, por elevada que sea su cuna y grandes sus riquezas, se abraza á la sucia tabla á que va asido el último de los marineros, al cual mira como á su salvador.

En los grandes peligros y trabajos se unen los hombres fraternalmente, sin cuidarse del nacimiento del otro ni de la posición que ocupa en la sociedad. El peligro comun es el mejor nivelador de la humanidad. En esos críticos momentos, el que domina, al que todos obedecen espontánea y ciegame, el que se constituye en rey, no es el que ostenta mas bienes de fortuna y mas títulos de nobleza, sino el dotado de mas talento, de mas valor y de mas capacidad.

Esto, con respeto á los hombres vanos y orgullosos; pues los de recto juicio, de instrucción y virtud, en cuyo número debemos contar á nuestro artista, nunca juzgan de los demas por el traje mas ó menos deslumbrante, sino por la capacidad y las virtudes, sin que desdeñen jamás la compañía de los menos acomodados.

Leopoldo ofreció una silla al recién llegado, y ambos se sentaron junto á la mesa.

El hombre que habia ido siguiendo al pordiosero y que tenia entreabierto un poco la puerta, se sorprendió de aquella deferencia.

El mendigo reveló en la manera de tomar la silla, en la graciosa inclinacion de cabeza y en el movimiento de la mano, suplicando á Leopoldo á que se dignase tomar asiento antes que él, y en el modo de sentarse en aquella, principios no vulgares, que no se escaparon á la vista perspicaz del amante de Clotilde.

—Habia perdido la esperanza de tener la dicha de verle á vd. otra vez.

Dijo Leopoldo, dejando ver en su semblante la alegría que acompaña al que mira desvanecer de repente los temores de una irreparable desgracia.

—¿Tan poca fé tenia vd. en mi palabra?

—La tuve hasta que ví espirar el plazo de los tres dias puesto por vd. para nuestra entrevista.

—Y porque me creyó vd. muerto.

—Tiene vd. razon. Habia corrido la noticia de que habian matado á vd. la noche última que nos vimos en San Angel.

—Me encontré, en efecto, á los umbrales del sepulcro. ¿No se lo están diciendo á

vd. mi amarillento rostro y mis desfallecidos miembros?

—¡Ah! ¿por qué no se dignó vd. avisarme, para que yo hubiese volado al instante á verle?

—Porque nunca creí que aquella seria mi última hora.

—¿Es posible?

—Sí, Don Leopoldo: tenia el convencimiento de que Dios, que nunca deja impunes los delitos, me habia escogido de instrumento para hacer triunfar la virtud y castigar el crimen.

El hombre que escuchaba se estremeció.

—¡Oh...! sus palabras de vd. me vuelven la vida...—dijo Leopoldo—hacen renacer la esperanza que casi habia huido de mi afligido corazon.

—Nunca la debe perder un buen cristiano, por grandes que sean los contratiempos que le sobrevengan.

—Sí; tiene vd. razon.

—Yo le prometí á vd., hace dos meses, descubrir el secreto que atañe á su buen

nombre, y no podia permitir, quien por tan extraños caminos me condujo hasta vd., abandonarme en el instante preciso.

—¿Y viene vd. dispuesto ahora á cumplir su promesa?

—Es el principal objeto que hoy me guía á esta casa.

—¡Ah.....! gracias. Hable vd., que ya escucho.

—Antes será preciso que moleste la atencion de vd. hablando de mí mismo, por estar enlazada mi humilde persona con el acontecimiento que voy á poner en conocimiento de vd.

—Tendré sumo placer en conocer al hombre que, bajo el miserable traje de mendigo, descubre ser una persona de esmerada educacion y de nobles sentimientos.

—Gracias por la buena opinion que se ha formado vd. de mí: vd., despues de que se haya dignado oirme, tendrá los datos suficientes para juzgar con acierto de si es ó no justa su bondadosa calificacion.

—Bien: le suplico á vd. que no retarde

el principio de su, para mí, interesante historia.

—Mi nombre es Francisco Nuñez. Nací en esta capital de padres ricos y bien relacionados: hice mis primeros estudios en el colegio de San Juan de Letran, y despues de haber cursado tercer año de filosofia, di una vuelta por Europa, instruyéndome en las ciencias exactas, en la literatura, en la esgrima, en la música y la pintura. De regreso á mi patria, seguí cultivando todo lo que habia aprendido, viviendo tranquilo y feliz, sin temor á los vaivenes de la instable fortuna. Pero tal vez euando menos creia en las evoluciones de ésta, fué cuando empezó á dar principio á la cadena de desgracias que se fueron eslabonando hasta operar un cambio completo en nuestra posicion. Mi padre, aunque nunca habia tomado parte en las revoluciones que han agitado al país, se vió acusado de conspirador, y sin permitirle que se defendiera del injusto cargo que se le hacia, salió desterrado á Veracruz. Mi pobre madre quedó inconsolable, y mucho mas cuando al

mes de haber llegado su esposo á aquel puerto, recibimos la fatal noticia de haber muerto atacado del vómito.

Al año de esta desgracia, tuvimos otra, tambien lamentable. Una casa extranjera, en que mi padre tenia colocada la mayor parte de su capital, se presentó en quiebra, y lo poco que pudimos recoger lo fuimos gastando poco á poco, hasta quedarnos reducidos casi á la miseria.

Yo veia á mi pobre madre consumirse de tristeza: habia dejado de visitar á sus antiguas amigas por no poderse presentar con el lujo á que estaba acostumbrada. Entonces la propuse que pasásemos á Guadalajara, donde yo me destinaria ventajosamente en alguna casa de comercio por poseer el inglés y el frances, y estar instruido en la teneduría de libros. Aceptó mi proposicion y pasamos á aquella ciudad, donde, en efecto, conseguí una excelente colocacion en uno de los principales almacenes, en casa de D. Manuel Turon.

Apreciado de mi principal, con un sueldo que bastaba á una vida tranquila y mo-

derada, sin mas aspiraciones que la de hacer feliz á mi buena madre, que era todo mi amor y el blanco de todos mis afanes, yo era muy venturoso al verla contenta y satisfecha de mí, cuando una mañana se presentó en el almacén un hombre bien presentado, de larga barba, con unas libranzas giradas por D. Emilio Landeta.

El que escuchaba aplicó el oído, y contuvo la respiracion para no perder ni una palabra.

—¿Del padre de Clotilde?

Preguntó Leopoldo.

—Sí señor.

—¡Ah!... continúe vd.

—Le pregunté cómo se llamaba, y me dijo: "Ignacio Cabrera, como ya sabrá vd. por una carta-aviso que debió recibir la casa de parte del Sr. Landeta." ¡Ah!... sí, es verdad; le contesté, y le presenté las libranzas al principal, que las pagó al tiempo señalado en ellas.

—¡Treinta mil pesos!

—Precisamente la cantidad que tenia á su favor en la casa el Sr. Landeta.

—¡Pobre padre mio!

—Inmediatamente escribimos á D. Emilio, dándole aviso de haber satisfecho la cantidad que desde aquel momento quedaba cargada en cuenta.

—Y entonces fué cuando sorprendido el Sr. Landeta, escribió á mi padre, con quien llevaba relaciones de comercio, pidiéndole explicaciones sobre el particular. Mi padre le contestó que estaba ignorante de aquel acontecimiento, y pasó á Guadalajara para verse con el dueño del almacén y adquirir noticias sobre el hombre que se habia presentado bajo su nombre.

—Yo fui el primero que hable con él á su llegada, que le enseñé la carta-aviso del Sr. Landeta y la firma del fingido Cabrera, que habia imitado perfectamente la letra de ambos, la del primero en la carta, y la de su padre de vd. al firmar las libranzas.

—Y sin embargo de haberse probado que ambas letras eran falsificadas, condenaron á mi padre, juzgándole cómplice y director de aquella infernal trama que le llevó al sepulcro: todos le creyeron culpable.

—Menos yo, que desde que le ví presentarse en nuestro almacén, haciendo un viaje por la posta pagar la cantidad que habia sido sustraida por un falsificador, informarse minuciosamente de sus señas y dar todos los pasos para encontrar al criminal, me persuadí de su honradez y sinceridad.

—Sí; un hombre que satisface la cantidad que otro ha robado en su nombre para no perjudicar al que ha sido sorprendido, sabiendo que por esto dejará de padecer su reputación: un hombre que vende hasta los bienes de su mujer para pagar lo que nunca quitó á nadie, y muere en la miseria, agobiado por la vergüenza de que le señalen como falsificador, no puede ser sino dechado de honradez y de virtud.

—Sin duda alguna.

—Pero á pesar de todos sus sacrificios, la sociedad, pocas veces justa con el desgraciado, dijo que su miseria era fingida; proyecto para persuadir de su inocencia al Sr. Landeta, y que éste, conmovido de su

aparente desgracia, le devolviese la suma mencionada.

—Sí; esa fué la interpretacion dada á su rasgo de delicadeza.

En los lábios del que escuchaba, se dejó ver una sonrisa de satisfaccion.

—Su desgracia fué no haber encontrado jamás á ese hombre, cuyas señas tenia apuntadas en su cartera. Pero tenga vd. la bondad de continuar.

—Despues de ese funesto contratiempo, seguí en la casa por algun tiempo, hasta que enfermándose mi madre y diciendo los médicos que solamente en México podria aliviarse, la traje á esta ciudad, donde tuve el sentimiento de perderla, despues de haber hecho gastos considerables para mi escasa fortuna. Entonces, viéndome solo, y no encontrándome con carácter á propósito para servir á nadie, eché mano de lo que habia aprendido en mi próspera suerte, y me dediqué á dar lecciones de piano.

Entre mis discípulas encontré una que interesó vivamente mi corazon. Era huérfana, y estaba encomendada á una familia

bastante bien acomodada; le expresé los tiernos sentimientos que me habia inspirado, y pronto tuve el gusto de ver que era correspondido; pero la fortuna se habia declarado contra mí, y un dia, la noche anterior dispuesta para nuestro casamiento, estando de visita en casa de una amiga íntima, desapareció, sin que nadie haya vuelto á saber de ella, y dejándome entregado á la desesperacion.

—¿Cómo....! ¿Y no se informaron vdes?

—Sí; pero nada pudimos aclarar. Solo supimos que una mujer habia ido por ella; que llamó á la puerta, y que diciendo al portero que avisase á mi novia que bajase al instante, porque habia ocurrido en su casa un contratiempo, bajó la jóven, subió sin reflexionar en un coche que esperaba en la calle, dentro del cual estaba la fingida criada, y que partiendo el carruaje, desapareció.

—Ese fué sin duda algun plan trazado por alguno que le amaba, y que no halló otro medio de conseguir sus favores, que robándola.

—Desesperado, agobiado por el dolor, dominado de una tristeza que me consumía, sin gusto y sin placer, perdidas todas las bellas ilusiones que hasta entonces habían hecho mi felicidad, empecé á ver con indiferencia cuanto me rodeaba; abandoné mis lecciones, arrojé lejos de mí los libros, y me entregué al detestable vicio de la embriaguez, procurando entorpecer mis potencias con el licor, embotarlas del todo para matar el pensamiento; y empezando por hacer un sacrificio para entrar en el vicio, acabé por entregarme completamente á él.

—¡Qué desgracia!

—Así viví mientras me duró el poco dinero que había podido ahorrar con mis lecciones. Despues, habiéndose formado del vicio una necesidad imperiosa, despótica, imprescindible, empecé á molestar á mis antiguos amigos pidiéndoles prestado, hasta que viendo que todos me huían, perdido el pundonor y la delicadeza, me dirijí á los extraños sin sonrojarme al pedirles, dominado por el vicio fatal que se había arraigado en mí profundamente. Una noche,

marchando en el estado mas deplorable de embriaguez hácia mi habitacion, que no era mas que un miserable cuarto bajo en una casa de vecindad, situada en uno de los barrios mas retirados, pasó junto á mí un hombre; alcé los ojos para pedirle limosna, y me quedé sorprendido al ver que aquel hombre era....

—¿Quién?

—El falsificador de las libranzas.

A la sonrisa de satisfaccion sucedió en el rostro del hombre que había seguido al mendigo, las señales del temor.

—¡El supuesto Cabrera....!

—El mismo, en cuerpo y alma.

—¡Es posible!

—Sin duda alguna.

—¿Y qué hizo vd?

—Quise seguirle para saber dónde vivía; pero no pudiendo sostenerme, y tropezando con una piedra, caí al suelo sin poderme parar por mí mismo.

—¡Qué fatalidad!

El que escuchaba respiró con libertad.

—Entonces maldije la fatal pasion de que me habia dejado dominar, y juré no volverme á embriagar en mi vida, puesto que por aquella causa me encontraba imposibilitado de arrancar la careta á un malvado que habia sumido en la miseria á una familia honrada.

—¿Y cumplió vd. esa promesa?

—Hasta hoy.

—Habrá vd. tenido que hacer grandes esfuerzos para dominarse.

—Inauditos. Pero no por esto logré conquistar el aprecio de la sociedad. Busqué lecciones, pero nadie creyó prudente confiar la educacion de sus hijos á un hombre que habia vivido entregado á los excesos de la bebida, y tenian razon: no les culpo por esto. Igual cosa me sucedió en el comercio; y viéndome sin ropa y sin calzado, hambriento y necesitado, continué pidiendo limosna; pero no para emplearla en la embriaguez, como hasta entonces, sino para procurarme alimento solamente, valiéndome para conseguirlo, de improvisar versos satíricos y punzantes epigramas.

—¿Y no ha vuelto vd. despues á encontrar á ese hombre?

—Sí.

—¿Hace mucho?

Preguntó con ansiedad Leopoldo.

—No.

—¿Cuándo?

—El mismo dia que conocí á vd. en San Angel.

—¿Es posible?

—Cierto.

—¿Despues que salí del baile?

—Pocos momentos despues.

—¿Cómo fué?

—Yo me habia quedado durmiendo en la calle, cuando tropezó conmigo un transeunte, cayendo sobre mí: despierto sobresaltado, me mira con enojo, yo clavo en él la vista para reprenderle, y me encuentro con el falsificador.

—Continué vd.

—Yo arrojé un grito de sorpresa: él, sobresaltado, me preguntó si le conocia; y fingiendo yo entonces una embriaguez que estaba muy lejos de tener, le contesté que sí.

—¡Qué imprudencia!

—Al contrario: esa era la manera de desorientarle en caso de que mi exclamacion hubiera despertado alguna sospecha.

—¡No me he engañado....!—dijo para sí el que observaba:—¡Oh....! es preciso ser mas cauto en lo sucesivo.

—¡Cómo!

Exclamó Leopoldo, dirigiéndose á su amigo.

—Le dije que le conocia porque le habia visto pintado en la pulquería de los Beodos, en Guadalajara.

—Comprendo.

—Tranquilo con esta contestacion, y considerándome dominado por el licor, se alejó tranquilamente sin hacerme caso: yo me levanté en el acto, y le fuí siguiendo á regular distancia para no ser visto. Despues de haber atravesado algunas calles, llegó á una casa retirada, llamó, y le abrieron la puerta con mil precauciones. Entonces traté de averiguar la verdad, y resuelto á conseguir mi objeto, traté de subir, agarrado á las re-

jas de las ventanas, á la azotea, para descender por ella á las piezas interiores.

—Atrevido pensamiento.

—Pero no bien habia conseguido llegar á arriba, cuando me veo acometido por un enorme perro de presa: á sus ladridos se pusieron en movimiento los que dentro de la casa estaban, y temiendo caer en sus manos, arrojó al perro el capote que llevaba, y descendiendo á la calle en el momento en que disparan dos tiros, uno de los cuales, vino á herirme en el pecho. Caí al suelo, y permanecí tendido un gran rato. Despues oí abrir la puerta de la casa, salir de ella una litera que se detuvo enfrente, y sacar algunos caballos. Esto despertó mi ansiedad por descubrir algo, y animado por este deseo, me arrastré sobre la tierra hasta acercarme, por detras de unos árboles, á la espalda del edificio. Estando observando desde allí, ví que sacaban á un hombre, al cual, al ordenarle que entrase en la litera y subir en ella, se le cayó al suelo un cuaderno, en quien nadie reparó. Cuando se dispusieron á echar á andar, el falsificador,